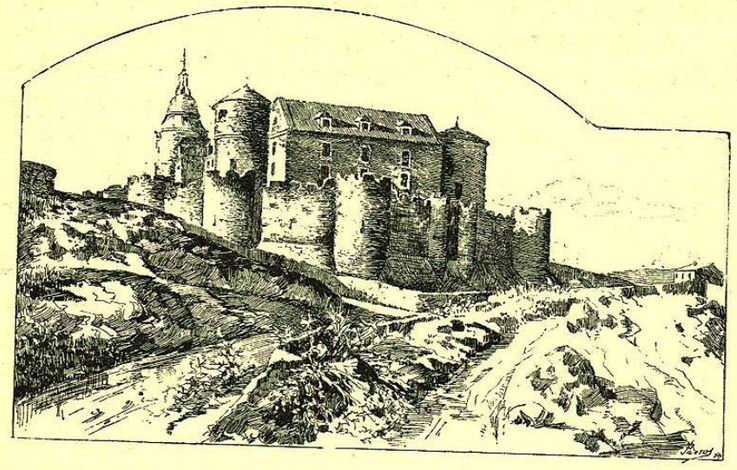
en tres días el alcalde Ronquillo (1). Ante el terrible juez perdió el intrépido Acuña su serenidad y confesó su crimen en el tormento, que sufrieron con entereza sus dos cómplices en la fuga, un clérigo y una esclava; pero la sentencia de muerte devolvió su natural firmeza al jefe de los comuneros. Traído en procesión por el clero de la villa desde su aposento del cubo á la ronda ó *tela* del castillo, animaba á los turbados acompañantes, uniendo su esforzada voz al trémulo canto del *Miserere:* una fervorosa oración fué el postrer acto de aquella vida tempestuosa y bravía, que terminó el verdugo apretando con el garrote el cuello á una de las almenas por donde quiso escaparse, un viernes de Pasión á 23 de Marzo. Tal rigor con un obispo excitó entonces el escándalo; con un caudillo de las libertades públicas despierta ahora la execración; y de esta suerte un suplicio, no inmerecido en sí, ha provocado bajo bien distintos conceptos una perenne censura.

Á menos belicoso, á menos lúgubre destino debe la fortaleza y con ella la villa toda, su pacífica importancia, su renombre europeo, y tal vez hasta su existencia: conservando es conservada; llena de recuerdos históricos fué escogida para depósito de la historia de la monarquía. Sacada del poder de los almirantes, mereció por su proximidad á Valladolid la predilección de Cisneros y luégo de Carlos V para reunir y guardar dentro de su vasta cerca los documentos, como lo habían ensayado ya Juan II y Enrique IV con el alcázar de Segovia y con la Mota de Medina en unos tiempos en que fuera de la venerada sombra de los claustros no había seguridad sino al abrigo de los torreones. El aplazado proyecto lo realizó Felipe II luégo de

(1) En el pueblo de Villalar (extraña coincidencia!) vimos una copia del proceso de Acuña de 234 pág. in fol. en letra muy corriente del siglo XVII, del cual extractaríamos más noticias si no se hubiese impreso ya en Valladolid. En 8 de Marzo de 1526 desde Almaden dió comisión el emperador al licenciado Ronquillo para instruir la citada causa por cuarenta días, asignándole mil quinientos maravedís de salario al día; sin embargo no empleó más de cuatro. La diligencia de la tortura estremece: la pesa era de cien libras.

subir al trono (1), sin que la traslación de su corte á Madrid le hiciese variar de pensamiento; diríase que el mismo enérgico capricho con que fijó su corte á orillas del pobre Manzanares, y su monumento en las ásperas vertientes del Guadarrama, le



ARCHIVO DE SIMANCAS

empeñó en colocar su castillo aislado á treinta leguas de la nueva capital. Las obras, principiadas en tiempo ya del emperador por el famoso Berruguete (2), las encargó en 1572 á Francisco de Salamanca, después á su hijo Juan, y por muerte sucesiva

(1) En el excelente informe que en 1726 dió D. Santiago Agustín Riol acerca de los archivos de España, cita como la causa impulsiva que decidió á Felipe II á crear el de Simancas la revelación que un sacerdote le hizo del abandono en que yacían documentos importantísimos en los desvanes de la casa de un escribano de Valladolid.

(2) Las únicas obras que le acreditan arquitecto á la vez que escultor, son las que hizo en el archivo de Simancas. Trazó y dirigió según consta de aquellos papeles, dice Ceán Bermúdez, los primeros aposentos en la torre ó cubo del norte, donde se conservan tres bóvedas de piedra y unos pabellones de madera y puertecillas de hierro con vaciados de bronce. En 1554, siendo príncipe aún Felipe II, consignó 14,250 maravedís al arquitecto Rafael de Archioli para obras y reparos en dicha fortaleza.

de entrambos á Pedro de Mazuecos, todas bajo la dirección de su privilegiado arquitecto Juan de Herrera, inculcando que no se afease la forma del edificio al ensanchar su capacidad. En 1588 encomendó á Francisco de Mora nuevas trazas que ejecutaron Mazuecos el joven, Diego de Praves y Francisco su hijo, durando la fábrica hasta 1631, mientras que diestros entalladores labraban prolijamente los estantes (1). El archivo y su disposición y arreglo lo confió desde 1566 á su secretario Diego de Ayala, á cuyos descendientes hasta nuestros días pasó vinculado este honroso oficio (2).

Bajo el aspecto monumental ganó poco el castillo ciertamente; los recelos de Felipe II se cumplieron. Una techumbre de plomo parece aplastar su gallardía; los torreones despojados de su corona semejan palomares, y el principal lleva por cubierta un extraño chapitel á modo de campana. Balcones y rejas reemplazan á los ajimeces ó ventanas de medio punto, redondas lumbreras asoman más arriba... así reformaban Herrera y sus discípulos las construcciones de la Edad media. Aún conserva, sin embargo, los cubos y almenas de su barbacana, y el ancho y profundo foso, y los puentes antes levadizos que á levante y á poniente dan entrada; y no sin emoción atraviesa éste el viajero para llegar á la puerta principal, cuyo arco sellan las armas reales y cuyas torres desfiguran las adiciones del siglo pasado. El patio grande, la esbelta galería que lo do-

(1) De los artífices que allí trabajaron trae Ceán Bermúdez una extensa relación de la cual resulta que el entallador Rodrigo Daques labró en 1564 las alacenas de la sala baja de la torre vieja y en 1567 las de la sala superior titulada del *patronato viejo*, Pedro Mazuecos el mozo en 1589 las piezas bajas de la izquierda, el escultor Hernando Munal la portada de las salas de *estado* en 1590, las bajas de la derecha en 1592 Tomé Cavano y Gonzalo de Acevedo, y Juan de Pintos en 1593 la escalera principal.

(2) El último, D. Hilarión de Ayala, murió en 1844. Después de los incalculables trabajos que en el archivo prestó su fundador Diego de Ayala, los principales son debidos á D. Francisco de Hoyos, á D. Antonio su hijo y á D. Pedro García de los Ríos que en el siglo XVII hicieron los inventarios, y á D. Tomás González, canónigo de Plasencia, que lo reorganizó después de los trastornos de la invasión francesa.

mina, atraen de pronto las miradas; pero luégo olvida las formas artísticas y los recuerdos locales y el edificio, para ocuparse sólo del histórico caudal que encierra.

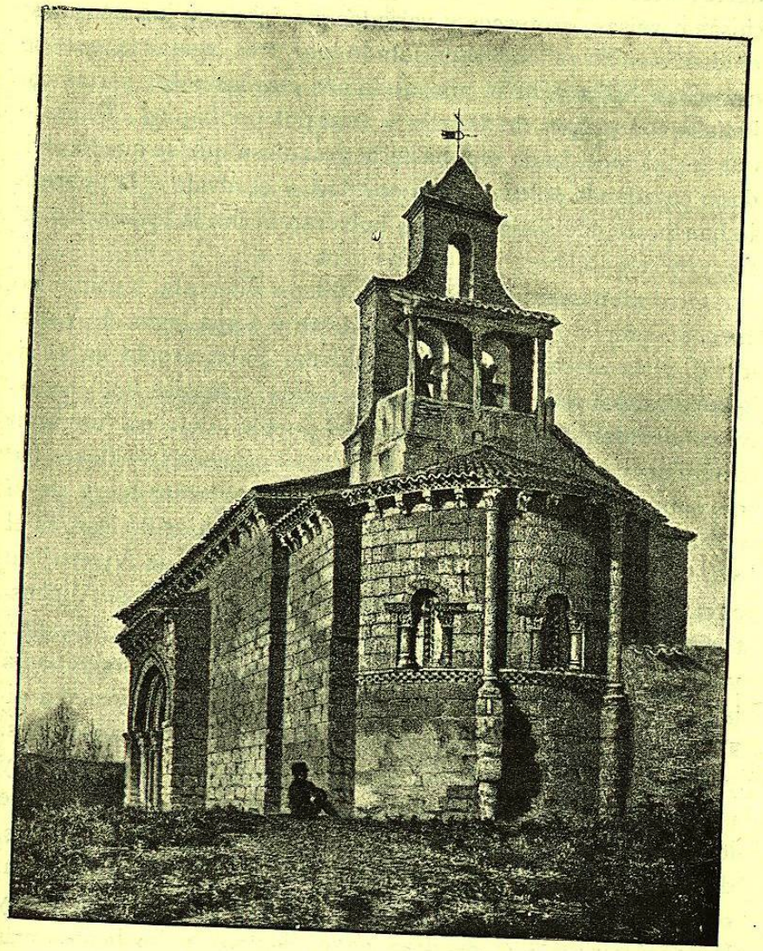
Á su derecha é izquierda tiéndense en el piso bajo dos líneas de salas, regulares unas, prolongadísimas otras, algunas octógonas ó circulares colocadas en el hueco de los torreones. Sube la espaciosa escalera, y en el principal ve reproducida igual distribución; las salas de *estado* enlosadas con jaspes blancos y negros, cubiertas de techo artesonado, vestidas de primorosa estantería del XVI, cual si de su recinto se hubiera querido desalojar los suspiros del cautiverio y los gritos de la tortura; el cubo que fué prisión de Acuña convertido en lindísimo gabinete con florones en su bóveda. Con las del segundo y tercer piso se cuentan más de cuarenta estancias (1), las más con anaqueles de yeso, varias con un corredor que á media altura las circuye. Allí está la historia de España, cuando España era casi la Europa por no decir el universo, la de Italia, Flandes y el Nuevo Mundo que poseía, la de Alemania, Francia é Inglaterra, sus enemigas ó sus aliadas. Allí los tres reinados más gloriosos, los Reyes Católicos, el Emperador, Felipe II el creador de aquel inmenso panteón de memorias que puede evocar cualquiera ante la posteridad, para cuyo juicio dejó el mismo tantos datos en millares de notas y apuntes escritos de su mano laboriosa. Aquel gran tesoro, que tentó la imperial codicia de Napoleón y cuyo despojo emprendió en 1810 sin que haya podido lograrse en más de medio siglo su restitución completa, aquel tesoro explorado alguna vez por nuestros escritores y más á menudo por los extranjeros, yace todavía desconocido en su mayor parte, y quizá no ha revelado hasta ahora sino una mínima porción de sus secretos. El ánimo desfallece bajo el cúmulo de materiales existentes y de los que cada día van entrando, y

(1) Los departamentos principales son los de real patronato, registro general del sello, estado, guerra y marina, contaduría mayor y dirección general de rentas, cada uno de los cuales ocupa varias salas.

naturalmente se ocurre preguntar: ¿quién de esa balumba de papeles contemporáneos se lanzará á desentrañar la historia del siglo XIX?

Al revés de la fortaleza, la perspectiva exterior de la villa es más grata que sus adentros. Un antiguo puente de diez y siete arcos, ceñido de modillones por debajo de su pretil, subyuga á sus piés el ancho Pisuerga; restos de muralla la circuyen, y el caserío se eleva en anfiteatro, dominado por la parroquia y el archivo que guardan entre sí cierta simétrica analogía. Por dentro es un rústico villorrio de doscientos vecinos, donde no encuentra el estudioso, no ya esparcimiento, pero ni cómodo albergue siquiera. Poco antes de las Comunidades destruyó un incendio su antigua iglesia de San Salvador, y la claustra servía para el culto provisionalmente, cuando en uno de sus ángulos fué sepultado el infeliz Acuña. El nuevo templo, construído al estilo gótico del XVI, ostenta su trebolado portal, y despliega con elegancia sus tres naves iguales en altura, sostenidas por columnas cilíndricas de estrecho capitel; el retablo, que hasta 1571 no se acabó de pintar, es fama que lo labró el insigne Juní, escultor de Valladolid, de cuya diestra mano no desdicen sus medallones, figuras y relieves. De la vieja fábrica no subsiste más que la torre bizantina que las llamas respetaron, metida toda en la actual fachada y afeada con un moderno remate: molduras ajedrezadas orlan sus arcos y ciñen sus cuatro cuerpos, y en el tercero y cuarto ábrese un magnífico ajimez en cuyos capiteles se observan extrañas y profusas labores.

Pero si en este género busca el artista una perfecta y bien conservada joya, no la encontrará sino en un pueblo de catorce chozas más bien que casas, á medio camino entre Simancas y Valladolid. La parroquia de Arroyo de la Encomienda, que por sus dimensiones pudiera calificarse de ermita, no es una ruina ni parece una antigualla, sino un lindísimo dige acabado de ayer, ó por lo menos desenterrado de profundidades donde no le alcanzaran los estragos del tiempo. Todo lo que constituye una



PARROQUIA DE ARROYO

iglesia del siglo XII, todo lo presenta en exquisita miniatura: á un lado el portal semicircular con sus tres arcos concéntricos y decrecentes y bordados los arquivoltos; bellos capiteles, preciosas cornisas, grotescos y variados caprichos en las ménsulas; el ábside en su redondez perforado por tres ventanas que se estrechan hacia dentro, apoyando sus dovelas sobre cortas columnas con grupos de ángeles y animales por capitel. Dijérase que es el modelo de una basílica grandiosa que se quedó olvidado en aquella soledad; y la soledad, y el olvido y la pobreza le han protegido mejor que no hubieran hecho la estimación, la frecuencia y la liberalidad de las gentes.

Otro monumento de época y carácter diferente, aunque no menos completo, se eleva al nordeste y á una legua de Valladolid, y es el castillo de Fuensaldaña. Fabricáronlo en el siglo XV y lo poseyeron por más de dos centurias los Viveros vizcondes de Altamira y señores del pueblo, del cual tomaron título de condes á fines del XVI (1): su primer ascendiente fué el contador real Alonso Pérez, á quien hizo arrojar fuera de sí el condestable Luna por una ventana del alcázar de Burgos el día de viernes santo de 1453; el segundo Juan de Vivero, en cuya casa se celebró el enlace de los Reyes Católicos. Al construirse aquel albergue, el poder feudal se hallaba ya agonizante, y poco recelo inspiraba la aparición del alcázar aristocrático á las puertas mismas de la capital. Sin embargo, no vienen á disimular ó á suavizar su guerrero continente adornos cortesanos, y todo en él anuncia más bien una fortaleza que una fastuosa y pacífica morada. Por cima del cuadrado recinto de un muro que le cerca por tres lados guarnecido de almenas y salientes cubos, descuella á gallarda altura el edificio de planta cuadrilonga, sobresaliendo los cuatro torreones que guardan sus ángulos y las dos garitas que resaltan en el centro de los lienzos más

(1) La sucesión de esta ilustre casa ha venido á recaer en la del marqués de Alcañices.

prolongados; los bélicos matacanes y los merlones recortados en triángulo con bolas á modo de perlas en sus cúspides, le forman al rededor una condal diadema de incomparable majestad. Allí la gentileza, hermanada constantemente con la robustez, evita la pompa y desdeña los atavíos: sencilla es la ojiva de la entrada, sin más escultura que el blasón de sus dueños; desnudas las salas sobrepuestas una á otra, á las cuales se sube desde el patio por una escalera aislada con puente levadizo; lisas y angostas y cerradas con fuerte reja las ventanas levantadas tres ó cuatro escalones sobre el piso; por doquiera macizas bóvedas y paredes de formidable espesor. Á ellas sin duda, no menos que á su actual destino de granero, debe el castillo su conservación excepcional. Á sus piés se dilata el pueblo, y se cimbrea no sin gracia la torre de su parroquia mitad de piedra y mitad de ladrillo, y oran por los condes sus fundadores las monjas concepcionistas, privadas ya del tesoro inestimable que les atraía incesantes visitas y limosnas de los viajeros, á saber, tres excelentes pinturas de Rubens que desde su altar mayor pasaron á ocupar el puesto preferente en el museo de Valladolid (1).

No por todas partes se ofrecen al artista tan lisonjeros hallazgos, harto preciosos para ser frecuentes, pero en cambio produce la comarca abundante cosecha de recuerdos. Al norte de Fuensaldaña se tropieza con Mucientes, lugar donde Felipe el Hermoso puso en observación á la triste reina D.ª Juana antes de entrar en Valladolid á su regreso de Flandes, sin que lograra convencer de la demencia de su esposa á los grandes de Castilla que acudieron á visitarla (2). Á su levante aparece Cigales

(1) Véase la página 119 de este tomo. En el pavimento de la iglesia de dichas religiosas, hay una lápida con la siguiente inscripción y su escudo correspondiente: «Aquí yace D. Alonso hijo del señor D. Alonso Perez de Vivero, conde de Fuensaldaña, murió á 4 de diciembre de 1681.»

(2). Fueron éstos el almirante y el conde de Benavente, que hallaron en aquella fortaleza á D.ª Juana acompañada del cardenal Cisneros y de Garcilaso, y como en los días que hablaron largamente con ella no la encontrasen nunca desconcer-

tan nombrada en las crónicas del XIV y XV, campamento de los ex-tutores de Alfonso XI, D. Juan Manuel y D. Juan confederados contra los validos del monarca, teatro de la efímera reconciliación del rey D. Pedro con sus bastardos hermanos Don Tello y D. Enrique en un día de Mayo de 1353, y de otra no menos pasajera en 1427 entre el débil Juan II y los bulliciosos infantes de Aragón que traían revuelta su corte. Todavía muestra la villa el antiguo y ruinoso palacio donde fué á morir en 18 de Octubre de 1558 la reina María viuda de Luís rey de Hungría y de Bohemia, al mes no cumplido del fallecimiento del Emperador su hermano. También posee Trigueros su palacio ó castillo (1), y en tiempo del conde Ansúrez tenía ya su monasterio de San Tirso, cedido en 1095 á la iglesia de Valladolid, y otro de Santa María unido en 1129 al de San Zoil de Carrión por la condesa D.ª Mayor Gómez, de ninguno de los cuales queda más que la memoria.

La palma empero de antigüedad la pretende Cabezón, no solamente sobre las villas del contorno sino sobre la misma Valladolid; y en verdad que si le faltan títulos para acreditar su pretensión de haber recogido en 1065 el postrer aliento del glorioso rey Fernando, los presenta harto auténticos en la misma donación de Ansúrez para decir con orgullo que en algún tiempo fué aldea suya la reina del Pisuerga (2). Bien pudo

tada, dijeron con valentía al archiduque que se mirase bien en recluirla. «Estaba sola, dice pintorescamente Zurita, en una sala escura, sentada en una ventana, vestida de negro y unos capirotes puestos en la cabeza que le cubrian casi el rostro.»

(1) Perteneció el señorío de Trigueros á los Lujanes de Madrid condes de Castroponce, el de Cigales al famoso conde Pero Niño, pasando sucesivamente por hembras al señor de Herrera, al condestable de Castilla, al conde de Benavente y por último al duque de Osuna.

(2) *Ecclesie Sancte Marie de Valleolili,* dice el conde en su donación que insertamos íntegra en la pág. 32, *site secus fluvium Pisorice in territorium del Cabezone;* palabras que expresan claramente que Valladolid y su iglesia caían dentro del territorio ó término de Cabezón. En cuanto á la opinión, contraria á la de los más autorizados cronistas, de haber muerto allí Fernando I, no tiene mejor apoyo que ciertos versos de un romance de los del Cid, cuya antigüedad no llega tal

esto ser, porque siglo y medio antes que Valladolid fué poblada Cabezón por Alfonso III al mismo tiempo que Dueñas y Simancas. Su pintoresco puente de nueve arcos sobre el Pisuerga, las ruinas del castillo que coronan el cerro nombrado de Altamira, realzan poéticamente su aspecto al paso que atestiguan su importancia. Dióla en arras Alfonso VIII á su esposa Leonor de Inglaterra; agrególa el Décimo al concejo de Valladolid; capituló en ella con la rebelión Enrique IV, declarando por sucesor á su hermano Alfonso á trueque de casarle con su dudosa hija D.ª Juana, é hízole jurar solemnemente en 30 de Noviembre de 1464 por los tres estados reunidos en un campo; ganó su señorío Juan de Vivero con el título de vizconde de Altamira, atrincherándose en su castillo á favor de la princesa Isabel. Corona dignamente estos sucesos la heróica aunque desgraciada defensa de su puente contra las huestes de Napoleón en 12 de Junio de 1808.

Convertido en granja subsiste no lejos de Cabezón el insigne monasterio de Palazuelos, donde se celebraban cada trienio los capítulos generales de la orden cisterciense. Era antes una villa que Alfonso VIII dió en 1213 á Alfonso Tello de Meneses, biznieto del conde Ansúrez, y que al momento transfirió el piadoso caballero á los monjes benedictinos de San Andrés de Valbenigna para que tomando la cogulla blanca se estableciesen en aquella vega deleitosa. Sus vecinos en 1224 recibieron fuero del abad Domingo, que trocaron por el de Portillo en 1313, año célebre para el monasterio, en cuyo claustro se juntaron los concejos de Castilla para repartir entre la prudente reina María y su hijo D. Pedro y su ambicioso cuñado D. Juan

vez al siglo XV, en que dice la infanta Urraca hablando del rey su padre al Campeador:

Fizoos mayor de su casa
Y caballero en Coimbra
Cuando la ganó á los moros,
Cuando en Cabezon moria.